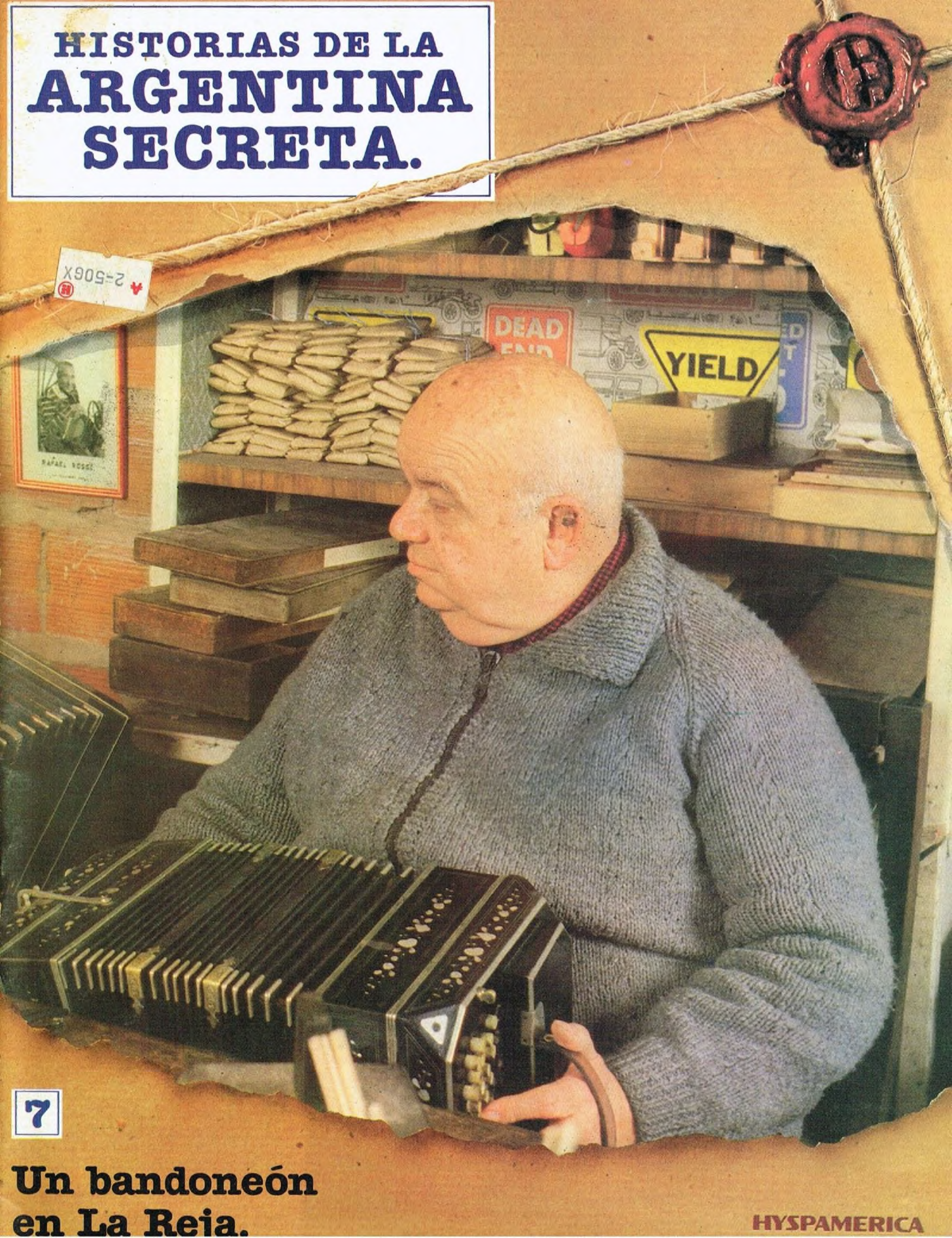
HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.



7

Un bandoneón en La Reja.

HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es una colección documental de cien fascículos que aparecerán semanalmente. Cada veinte fascículos se formará un tomo. Las tapas para encuadernarlos saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá encuadernar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**, que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS**, amplia colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se incluirán también mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Este material complementa el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL.** Por razones de ordenamiento cada fascículo anticipará datos y referencias del mapa que se publicará en el siguiente. Las referencias del atlas así como las del mapa de la Argentina que se entregó en el número uno, acompañarán las tapas para encuadernar el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL.** Estas se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar. *A La Reja, en la provincia de Buenos Aires, se puede llegar en auto –está sobre la ruta nacional 7, a unos 60 kilómetros de la Capital Federal–, en tren –vía Ferrocarril Sarmiento– o en algunas de las líneas de ómnibus que unen el lugar con Moreno, Luján, San Miguel y otras localidades bonaerenses.*

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset.

Secretaria:
Analía Gardín

Jefe de diagramación:
Víctor C. Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Producción gráfica:
Paulina Elissetche.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4° piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución
Capital Federal:
Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior:
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados:
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

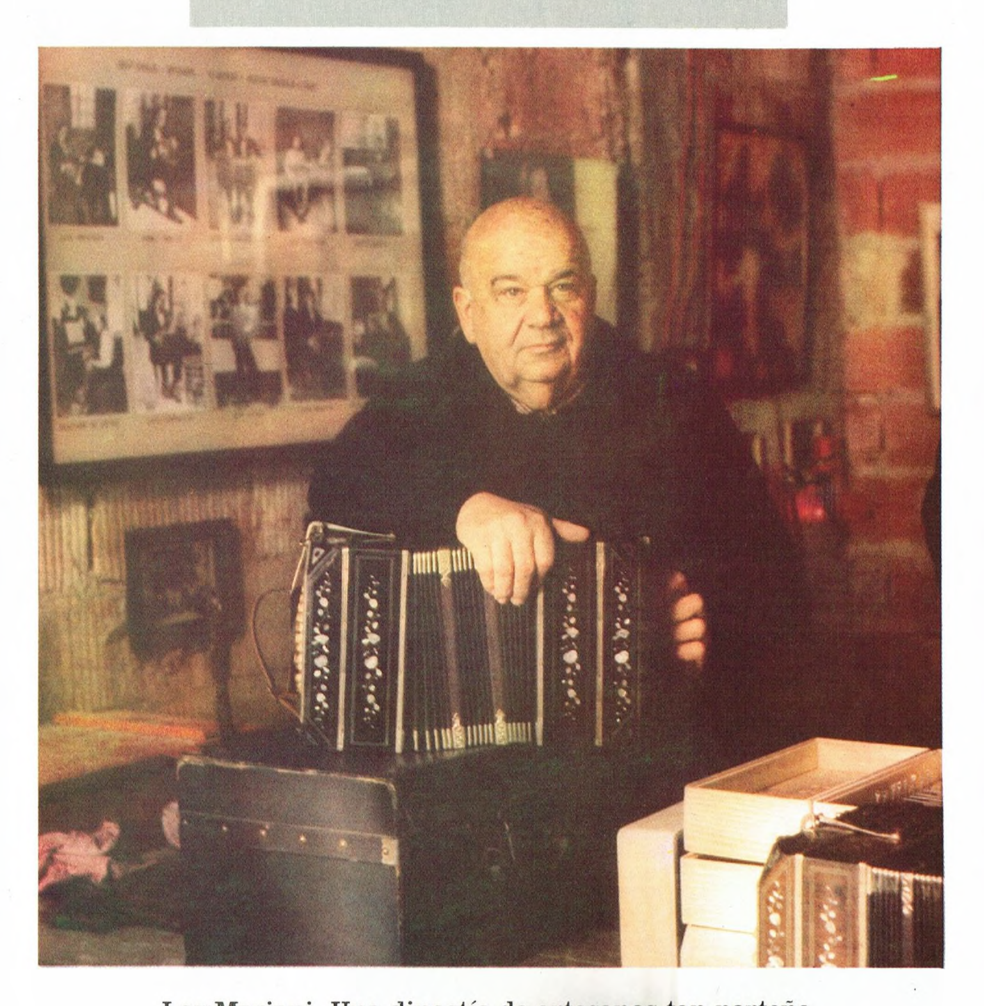
Fotomecánica:
Offset Plus Fotocromos
Comodoro Rivadavia 878, Bernal,
Provincia de Buenos Aires
Tel. 252-8794

Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6 (Obra completa)
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

Un bandoneón en La Reja.

7



Los Mariani. Una dinastía de artesanos tan porteña como la calle Corrientes. Importaron y fabricaron el bandoneón. Fueron sus amigos Discépolo, Manzi, Troilo, Maffia. Compartían noches interminables en las que reinaba la amistad.

Las manos de don Duilio trabajan guiadas por el corazón. La tarea requiere la utilización de materiales nobles y un oído capaz de lograr que cada pieza aporte su mejor sonido. En el taller todos están comprometidos en mantener siempre vivo el oficio.



Sus manos acarician la caja de ébano, las incrustaciones de nácar, el fuelle. Sabe que al instrumento hay que tratarlo con ternura, *«como a una mujer»*. Desplaza con suavidad sus manos y sus 100 kilos de peso, como si apenas rozara el aire. Con la suavidad de los gordos y de los gatos. Tiene setenta años de edad. Fabricó el primer bandoneón argentino. Fue, es, y será un porteño de ley y un hombre de tango.

«Papá vino al país en 1898 –Mariani habla con voz queda manejada con la misma armonía de sus movimientos–. *Se llamaba Luis y había nacido en Macerata, Italia. Allá había trabajado en la fábrica de acordeones Pangotti; la provincia (Ancona) era la base de toda la actividad acordeonística del país. Cualquiera nacido en la zona ya es afinador de oído desde su nacimiento. Cuando llegó a la Argentina, había poco o nada de esa actividad y tuvo que emplearse en la pinturería Pinart Coster, un negocio inmenso que quedaba en Corrientes entre Talcahuano y Libertad, al lado de la casa de Domingo Faustino Sarmiento».* Ya por entonces los Mariani están en íntimo



La clave de Mariani: unir una técnica centenaria con la sabiduría indefinible de un buen artesano.



La caja del acordeón es de madera de pino. La etapa más delicada de su fabricación es el armado de los casilleros de voces. Allí se insertan las lengüetas de acero, que darán el exacto tono a las notas. El control final corresponde a Luis Mariani.



contacto con la mítica Corrientes angosta, la que era un río humano a las tres de la madrugada. Esa calle, esa ciudad, esa gente signarían la vida de toda la familia.

Don Duilio recuerda —con los ojos claros hacia adentro, como si le costara el sentimiento—: «*El viejo... era bueno, buenísimo. Hacía de todo con las manos; en la pinturería arreglaba marcos de cuadros, de aquellos de antes, con incrustaciones de oro. Como era tan bueno, lo mandaron a arreglar el Museo de Bellas Artes. Pero él seguía con la cabeza puesta en los acordeones. Y se empleó en la casa de música Geypel, que quedaba en Corrientes y Callao, donde ahora está el cine Los Angeles. Era el año 1914, el de la Primera Guerra Mundial. Después empezó a hacer arreglos por su cuenta. Cobraba diez pesos por bandoneón*». Duilio saca de un cajón un estado de cuentas amarillento, donde se lee, con apretada y cuidada letra: «Enero de 1914. Saldo de arreglo de bandoneón: 30,65 $». Casi un documento.

Don Luis Mariani instaló finalmente su propia casa. La primera estaba en Paraná 771, en 1906. Se trasladó des-

NACE UNA NUEVA INDUSTRIA EN EL PAIS

BANDONEONES ARGENTINOS

"MARIANI"

Afiannaca/43

FABRICANTES:

LUIS MARIANI e HIJO

CORDOBA 1541 BUENOS AIRES

Que sea la reproducción de este aviso comercial, el mejor homenaje a "Luis Mariani e Hijo", quienes incuestionablemente, ostentan el privilegio de haber fabricado los primeros bandoneones de industria nacional.

Publicidad de época. Fotos del recuerdo. Amigos que perduran pese a todo.



Duilio Mariani con Cátulo Castillo, Pedro Maffia y Pedro Laurenz, amigos que ya no están. En fotos más actuales, junto al "Japonés" Rodríguez y Miguel Bonano, bandoneonistas de los años cuarenta. Otras épocas e igual sentido de la amistad.



pués al número 128 de la misma calle. Ya el sonido del acordeón empezaba a entreverarse con el de un primo hermano de voz más grave y cuidada: el ahora, mitológico bandoneón.

De cómo el bandoneón ganó su lugar en el pueblo.

Años veinte. Años de crecimiento vertiginoso del tango. Años de afianzamiento de lo que luego se llamó la Guardia Vieja. Ese éxito asombroso que cubrió al mundo, se debió en gran parte al nuevo instrumento que se atrevía a discutir la melodía tanguera con el violín, la guitarra y la flauta, dueños de la música ciudadana.

¿Qué es un bandoneón? ¿Quién trajo el primer bandoneón al país? Las preguntas tienen respuestas precisas. Sus antecedentes son el tipótono (flauta de pequeñas dimensiones con una lengüeta de acero que vibraba con el pasaje del viento) y la guimbarda, en el que la boca servía de caja de resonancia a la vibración manual de una lengüeta. Después se fueron agregando más lengüetas, y se tornó imprescindible darle una caja de resonancia manual, y las teclas que permitían la entrada del aire también se multiplicaron. Había nacido el bandoneón. El siguiente paso fue más simple. Lo dio un alemán de Krefeld, de apellido Band, que bautizó como *Bandolium* a su primer artefacto, que llegó a tener 71 teclas, distribuidas 38 en la caja de canto, que maneja la mano derecha, y 33 para los bajos, correspondientes a la izquierda.

El instrumento mide aproximadamente 35 centímetros de frente por 23 centímetros de altura. El instrumentista deberá colocar sus manos entre las correas que están situadas en las caras y, con un movimiento de brazos, se amplía o cierra el fuelle de cartón que expele el viento que pasa entre las lengüetas, produciendo dos sonidos: uno para la apertura y otro para el cierre del fuelle.

Estos primitivos bandoneones eran utilizados en las fiestas populares ale-



manas, colgados de los hombros por correas. Su sonido era más grave, más pastoso que el del acordeón (aunque mucho más rico musicalmente), por lo que no podían competir en forma ventajosa en el hábitat de un pueblo que danzaba despreocupadamente al son de cantos alegres acompañados con vasos llenos de cerveza.

Hacía falta otro clima para su consagración. Un clima desgarrado que hablara de rezongos, de penas irremediables, de nostalgias de una patria perdida. De apetencias de un paraíso también perdido, que en realidad no conoció jamás. Ese lugar será el de las orillas ciudadanas del Río de la Plata, fundamentalmente sus dos ciudades más importantes: Buenos Aires y la señorial Montevideo.

Dicen que fue Bartolo «el Brasilero» –según los hermanos Bates en su *Historia del tango*– quien lo trajo en 1870; según otras fuentes (el bandoneonista Agustín P. Berto) *«lo importó don Tomás, el inglés»*. Se habla también de un bandoneonista que tocaba en los fogones del campamento argentino durante la guerra con el Paraguay. En fin, puede ser que todas las versiones tengan razón, ya que el origen del instrumento se pierde en esa bruma que es común a toda mitología popular. Y es menos importante el origen del instrumento que el inmediato fervor con que fue adoptado por los rioplatenses, un caso insólito en la historia de la música.

Los legendarios pioneros.

¿Y quiénes fueron los primeros? Hay nombres, datos, fechas, figuras posando para la foto. El rostro grave, las manos acariciando el teclado. Trabajaban en prostíbulos y sórdidos cafés; acompañaban bailes con su musiquita pegadiza, arrabalera. Tocaban «de oreja» y de ahí que se los llamó «orejeros», ya que ningún conservatorio consideraba digno incluir el bandoneón entre sus instrumentos. Sus ademanes eran amplios, grandilocuentes. Los «fuelleros» estiraban el

Paciencia, sabiduría, entrega total a la profesión. Sin estos ingredientes sería imposible lograr el «alma», el sentimiento que brota de cada instrumento. La afinación de las lengüetas de acero requiere la mayor precisión y sensibilidad musical.



fuelle con brusquedad, buscando la cadencia rítmica más que el «chamuyo». Tocaban sentados, con el fuelle sobre las piernas, o parados, apoyados sobre un taburete.

Los nombres son los del «Pardo» Sebastián, descendiente de esclavos de los Ramos Mejía, y con ese mismo apellido; Domingo Santa Cruz, empleado de ferrocarril y tranquilo, hierático, como ajeno a la fama que pasaba a su lado, con el «pucho» prendido a los labios, autor del famoso *Unión Cívica*, dedicado a la Nacional, orientada por Bartolomé Mitre, y no a la Radical, de Leandro N. Alem. Y cómo no mencionar a Vicente Greco, muchacho proveniente de un hogar humildísimo, creador del *Rodríguez Peña*, en honor a la calle del local donde tocaba. Al oírlo por primera vez, su público, emocionado, lo paseó en andas por Corrientes. Greco inmortalizó la futura apelación de la canción ciudadana: cuando se grabó el primer tango, *Don Juan*, se le ocurrió ponerle «orquesta típica criolla», debajo del nombre del conjunto. Quedó así para siempre eso de «orquesta típica».

Desde Italia los Mariani trajeron una tradición. Con su amor, la cultivaron y la hicieron crecer. Un destino de milongas y de dos por cuatro, que Buenos Aires adoptó para siempre.







En el taller de los Mariani trabaja un grupo de entusiastas muchachas que aprenden cuidadosamente la técnica que les imparten padre e hijo. La fabricación del fuelle, hecho de cartón y recubierto de cuerina, requiere especial cuidado. Las teclas son las que permiten el paso del aire que hará vibrar el acero. Mariani se reserva para sí la afinación del instrumento.

Y Juan Maglio «Pacho», nacido en 1880, apodado así porque el padre, inmigrante italiano que ansiaba para su hijo un destino de estudios superiores, al comprobar los deslices tangueros del chico, lo recriminaba «Pazzo», «Pazzo» (loco en italiano). O Agustín P. Berto, pintor de brocha gorda, tal vez el último grande que surgió antes de iniciarse la década de los años veinte, cuando nace la llamada Guardia Vieja, con sus grandes bandoneonistas: Eduardo Arolas, Pedro Maffia, Osvaldo Fresedo.

Los «AA»; los mejores que existieron.

Don Duilio repasa una carpeta de hojas ocres por el tiempo. Hay una fecha: 1920. Y hay unos nombres: Pedro Maffia: 25$; Graciano de Leone: 20$; Eduardo Arolas, 25$; Julio Vivas (bandoneonista que acompañó a Carlos Gardel), la suma de 50$. Todas deudas por afinación o venta de bandoneones. Deudas muchas veces impagas, con la benevolencia de Luis Mariani que atendía con una sonrisa







El custodio de una tradición entrañable.

Inclinado sobre su mesa de trabajo, Duilio Mariani se entrega a una tarea solitaria y amada. La minucia de cada tecla, el pliegue de cada fuelle, lo remiten a otras épocas en las que el tango vivía más intensamente. Los míticos años veinte, o los treinta, cuando aquellos compases llegaron a Europa. La inolvidable década de los años cuarenta, testigo de la actuación de las mejores orquestas y cantantes. Años en los que gran cantidad de ómnibus cargados de músicos llegaban a los bailes los sábados y domingos. En los que una melodía tanguera se silbaba por las calles a veces durante un año entero. Duilio Mariani conoce todo eso porque lo vivió de cerca. Hizo algo más que fabricar y vender bandoneones. Se apasionó con la música que producía ese instrumento. Amó también entrañablemente el ambiente amistoso sin vueltas, cordial como una milonga, de la noche porteña. Por eso, mientras ajusta la sonoridad de una tecla, está haciendo algo más que reparar un instrumento. Está salvando del olvido un mundo hecho de calles que no anochecían, de tristezas que se expresaban en rezongos musicales, de rostros queridos y ausentes que hoy son mitología en Buenos Aires: Cátulo Castillo, Enrique Santos Discépolo, Pedro Maffia, Pedro Laurenz, y, por supuesto, Aníbal Troilo, «Pichuco». Don Luis, su padre, fue el inmigrante, el fundador de la dinastía artesana, musical, porteña y tanguera que hoy sobrevive en una localidad llamada La Reja.



Don Luis es querido y se hace querer. Lo visitan en su reducto pueblerino desde los más grandes músicos de hoy hasta camioneros o turistas de paso que sólo quieren sacarse una foto con él. Bonachón, siempre tiene tiempo para organizar un «asadito».



comprensiva cualquier pedido de prórroga –y eran muchos– en el pago: *«Ma sí, va vía, va vía, llevátelo, cuando tengas plata me pagás».* A sabiendas de que ese otro día muchas veces no llegaría jamás.

La suma alcanza a proporciones astronómicas a fin de mes: agosto de 1925 marca un saldo a favor de Mariani de 3.000 pesos, suma fabulosa para la época, el equivalente a lo que costaría media docena de departamentos ubicados en el centro.

«En esa época vendíamos los bandoneones "AA", los Stradivarius de los bandoneones, fabricados en Alemania nada menos que por su inventor Alfred Arnold Bandonion en la localidad de Carfeld, a 150 km de Berlín. Los bombardeos de la Segunda Guerra destruyeron la fábrica y las mitológicas matrices de las lengüetas fueron enterradas en alguna parte y nunca más se encontraron».

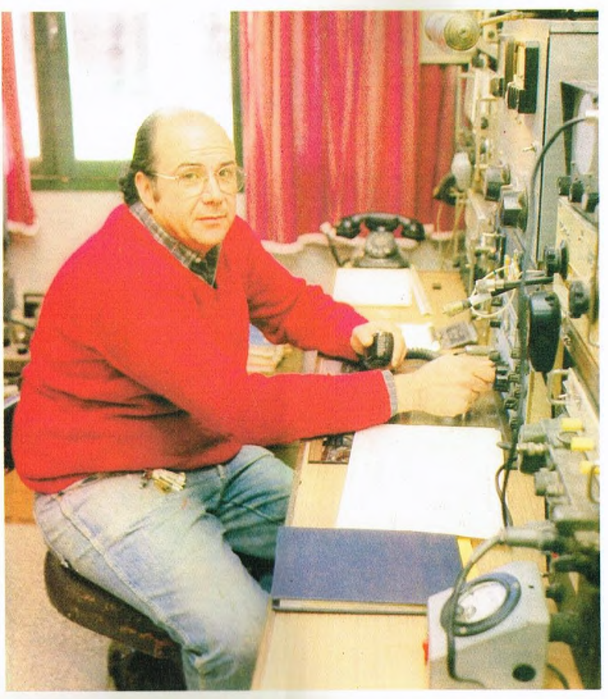
Hasta que llegó la crisis del treinta, que golpeó a todos, tangueros incluidos. La recesión parece congelar los sueños de los «locos años veinte». Calles y lugares nocturnos se despobla-

El pueblo es tranquilo. De gente trabajadora. Allí palpita el sonido del último bandoneón.



Jóvenes provincianas aprenden los secretos de una artesanía destinada a los porteños. ¿Perdurará en ellas la tradición?





Los Mariani constituyen una presencia entrañable en las calles de La Reja. Zona de quintas y árboles de amplia sombra, ofrece la paz que necesitan para concluir un trabajo armonioso. El taller muestra con orgullo el comienzo de obras de ampliación.

ron. La canción se quejaba: «¿Dónde hay un mango, viejo Gómez?»

Dueños de la crisis.

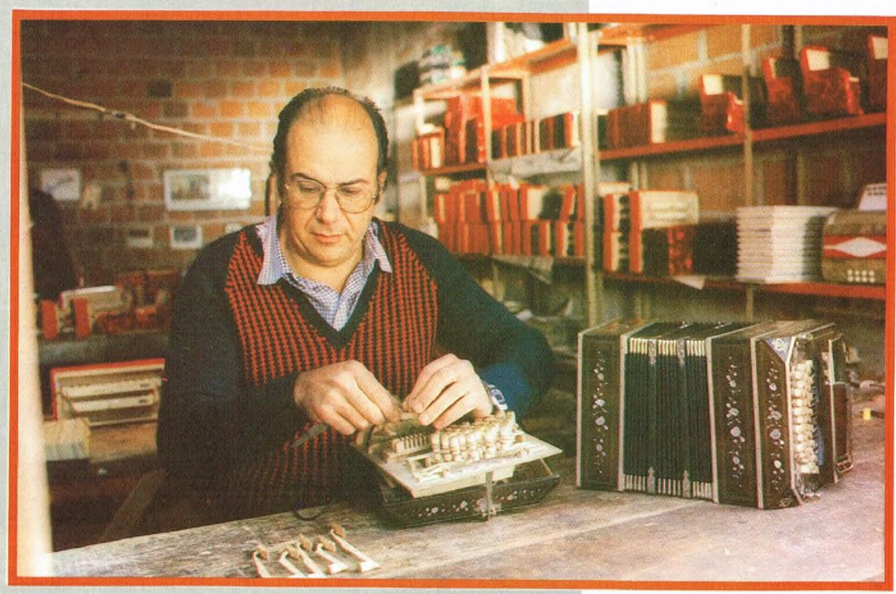
Los *cachets* descienden bruscamente; las radios reducen sus orquestas estables, los cafés y los cabarets están semivacíos. Hasta el cine mudo, que permitía la presencia de un conjunto que matizaba las acciones de los protagonistas, da paso al cine sonoro, con orquesta incluida adentro de la película. El jazz, de la mano también del cine sonoro,. acude para intentar el golpe de gracia contra el tango. Julio de Caro, Elvino Vardaro, Francisco Canaro son de los pocos que logran sobrevivir airosamente a aquella gran crisis que signó a los argentinos. *«En esa época fue el único momento en que vi a papá hacer la siesta, por el poco trabajo que nos llegaba. Después, en los inicios del cuarenta, en plena Segunda Guerra se acaban los bandoneones que llegaban de Alemania. No era tiempo para música».*

Los bandoneonistas cuidan su instrumento como si fuera oro. Aquellos a



El delfín de la dinastía.

A veces, don Duilio se vuelve nostalgioso. Y el patio de La Reja se puebla de recuerdos.



Es el heredero de la dinastía musical. En sus manos, que mueven el torno y colocan teclas de los acordeones, está tal vez el futuro de una nueva camada de bandoneonistas. El lo sabe y por eso aprende cada detalle con pasión. Luis Mariani lleva el nombre del abuelo ilustre y trabaja por merecerlo. *«Empecé en el taller desde abajo: haciendo tareas de limpieza y preparando el trabajo. Fui aprendiendo de mi padre. Y cada día trato de mejorar, de superar los inconvenientes que se presentan en la fabricación. Hacemos todo a partir de la materia prima, hasta los repuestos de los acordeones los fabricamos aquí.*

Hacemos solamente acordeones porque hoy tienen más salida. Somos los únicos en el mundo que fabricamos la bandónica, de veintiún teclas y especialmente hecha para tocar el chamamé. Es un instrumento que tiene el formato, el fuelle y la válvula iguales a los del bandoneón, pero no su sonido.

Lo primero es fabricar el mueble, el cajón de madera, o sea las tapas y los marcos del fuelle. Se hace de pino y después se enchapa en caoba o nogal. Después se fabrica el fuelle de cartón recubierto de cuerina y luego el mecanismo interno, los casilleros de las voces, donde van las lengüetas de acero y que dan las notas graves y agudas (las más chicas más agudas, las más grandes más graves). Cuando se aprieta la tecla pasa el aire y hace vibrar las lengüetas, que son justamente las que desafinan por el uso o el mal trato del instrumento. Ahí, todo es cuestión de rejilla* (oído) *para el afinador. Soy consciente de que soy un artesano: de los últimos de una raza que tenía orgullo de lo que hacía, y que hoy está en vías de extinción, pero, a pesar de todo, seguiremos luchando».

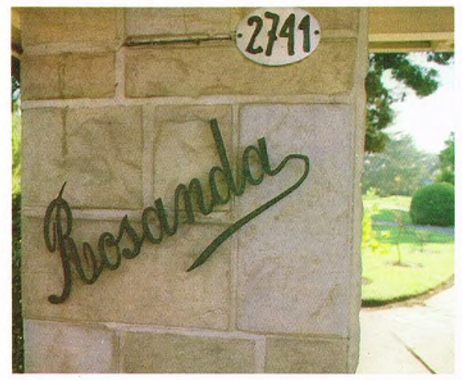
los que se les destruye o se les pierde saben que su trabajo peligra. Más de uno llega a asegurar su «fuelle».

Duilio Mariani sonríe. Está frente al galpón edificado al lado de su casa, que funciona como fábrica de bandoneones. Sobre las paredes de ladrillos hay gran cantidad de fotografías con dedicatoria de todo aquel que es alguien en el tango. Una –mayor que las demás–, muestra a Aníbal Troilo estirando el «Doble A» que don Luis Mariani le regalara.

El taller de los Mariani.

Un par de artesanas maneja con cuidado el torno, la cola, la madera, el cartón, el cuero, la acetona, el aserrín, la noble materia prima, la escasa y precaria maquinaria con que trabajan los dos Mariani actuales, Duilio y su hijo Luis, nieto del fundador de la dinastía de encuadernadores de sonidos.

Detrás de una mesa, mientras ablanda y pega un cuero que servirá de cu-







La Reja es un sitio para las sorpresas. Desde un extraño monumento a una hoja de afeitar hasta los añosos bosques ideales para la equitación. Pero hoy, la atracción, es el taller de los Mariani.





Don Duilio se refugia en la quietud del lugar, «porque el centro ya está muerto». Sin embargo, cada tanto se deja caer por la calle Corrientes «para ver si algo renace de una buena vez».

bierta al fuelle, Duilio Mariani prosigue su relato: «*En 1942 se me ocurrió que había que hacer un bandoneón, ya que de afuera no venían. Empecé a hacerlo a escondidas de papá, que creía que con los medios que disponíamos no podíamos competir con Europa. Cuando lo terminé se lo llevé a Francisco Canaro, gran amigo de la familia. "Fenómeno, pibe. Seguí haciéndolos", me dijo. Yo le respondí que mi viejo no me quería dar plata. "Dejálo por mi cuenta", fue la respuesta. Poco después organizamos una comida de gente de tango. Estaban Maffia, Ciriaco Ortiz, Pedro Laurenz. Canaro le muestra el bandoneón a papá y hace sonar unas notas. El viejo, emocionado, dice: "Vamos a tratar de hacer algo por el pibe". En esa época vivíamos en unos departamentos de Córdoba 1541. Tiramos abajo unas paredes para hacer el taller. Mi primer obrero se llamaba Humberto Bevacqua; tardó un año en hacer el primer fuelle. Cuando lo terminamos hi-*

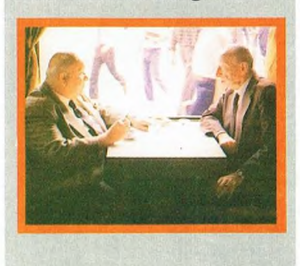


Héctor Varela: cliente y amigo.

Héctor Varela nació el 29 de enero de 1914. Se inició en el trío completado por Domingo Fava y Domingo Rossi. Pasó por varias orquestas, entre ellas la de Juan D'Arienzo. Hoy día es uno de los pocos músicos de tango que conserva su propio conjunto típico.

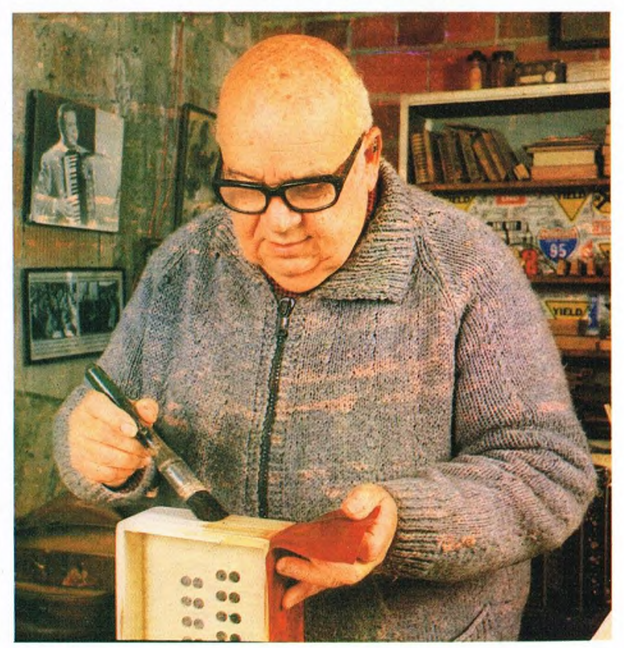
"Duilio Mariani –comenta Varela– *es un digno hijo de su padre. Estirpe de filántropos y soñadores. La única pena es que no haya podido seguir con su fabricación de bandoneones, pero ya se le va a dar de nuevo. Los chicos se están volcando al estudio del bandoneón, más ahora que en La Plata la Secretaría de Cultura ha creado una cátedra para el estudio del instrumento. De todas formas es un instrumento caro. Cuesta arriba de los mil australes. Antes había más facilidad en la compra; al viejo Mariani se le podía pagar (cuando le pagábamos) unos veinte pesos al mes, de un total de 200 ó 220 que costaban. Me acuerdo que le compré unc y se lo pagué con el trabajo de diez días. Toda una hazaña. ¿El bandoneón para un músico de tango? Es como el cigarrillo para el fumador empedernido. Se necesitan uno de otro. Una prolongación quejumbrosa, rebelde, vibrante y sentimental.*

¿Los mejores? Tal vez Pedro Maffia, Pedro Laurenz. El más sutil conversador con el fuelle se llamó Ciriaco Ortiz. Y "Pichuco" fue la unión perfecta entre la delicadeza de Maffia y la conversación de Ciriaco. Fueron los más grandes».





Alguien dijo que el fuelle del bandoneón es un suspiro encuadernado. Pero en el taller de Mariani es mucho más que eso: es el pretexto para las reuniones donde abundan el mate, el vino, el asado y las nostalgias. El patio de la casa es testigo, además, de permanentes compases, de sones arrancados a veces por un maestro y otras por las manos todavía inseguras de un principiante. Pero el dominador común es la intención, inclaudicable, de mantener vivo el verdadero espíritu del tango.







cimos una fiesta espléndida en el cabaret Tibidado, reino de "Pichuco". Allí lo entregamos a SADAIC (Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música) para su eterna exhibición y custodia».

«Aquel tiempo pasado fue mejor».

«Esa noche tocó el "Gordo" como nunca. Hoy el bandoneón se conserva en el museo de SADAIC, al lado del de Arolas y del violín-corneta que impuso Julio Caro.

La fábrica cerró en 1948, después de haber hecho cerca de cuatrocientos bandoneones, muy buenos al decir de los músicos. Fue tal vez la última fábrica de bandoneones del mundo en actividad, ya que en Alemania ya no se hacen. Cerramos cuando empezó la decadencia de la orquesta típica. Con lo poco que nos quedó (700 pesos) me fui a Italia, a la casa Pangotti, donde había trabajado el viejo, y me vine con 1.200 acordeones. En el '51 abrí de nuevo la fábrica de acordeones con "ingenieros" (todos lo eran en aquella época) recién llegados de Italia. Fue un infierno de chismeríos y problemas. Duró cuatro años. Un año después con mi hijo y un par de operarios que eran amigos volvimos a las andadas, hasta 1961. Ahí me planté. Le dije a mi hijo "no trabajo

Ultimo reportaje a «Pichuco».

En uno de los últimos reportajes concedidos a la prensa poco antes de morir, Aníbal Troilo reseña ante Horacio de Dios su relación con el bandoneón. (Publicado en *Aníbal Troilo. La historia del tango*, Corregidor).

*–¿**Suena siempre igual su bandoneón?***

–Depende de uno. Depende de la pulsación, del estado anímico. Nunca se está igual. Como todas las cosas. Igual que un cantante o un actor. Siempre no se está igual.

*–¿**Se preocupa todavía de la parte técnica o se olvida cuando toca?***

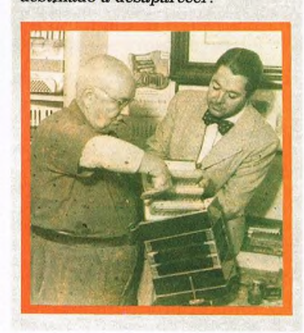
–Se hace mecánicamente. La parte técnica es muy importante, pero para un profesional se trata de una etapa que ya ha quedado atrás.

–¿Cuál es la historia de este bandoneón?

–Como la de todos. Lo único particular de éste es que habrá costado cuarenta pesos viejos. Yo lo compré a razón de doscientos pesos a pagar diez por mes, y cuando había pagado cuatro cuotas el tipo no vino más a cobrar. Así que ya ve. Ese bandoneón que ha ganado fortunas costó cuarenta pesos.

–¿Cuántos años hace que lo tiene?

–Como cincuenta años. Salió muy bueno. Ha trabajado una barbaridad. Ahora lo tengo un poco relegado porque estoy trabajando con otro instrumento, un poco más nuevo, aunque todos los bandoneones son viejos. Desgraciadamente, el bandoneón es un instrumento destinado a desaparecer.





más». Y nos mudamos a Bella Vista. Dejamos Corrientes, el centro, la vida de noche. En el ínterin había muerto mi padre. Estuvieron todos. Domingo Federico tocó Desde el alma, el tema preferido de papá, frente al féretro. Se acababa una época junto con su vida». «Pero la plata se iba». Duilio Mariani acaricia su amplia frente mientras se disculpa ante un cliente llegado de Zárate por la imposibilidad de cumplir con un pedido de acordeones. «Los eternos problemas con el personal, ¿sabe? Un día le digo a mi hijo "no queda un guita". Y rompimos un ropero y con esa madera empezamos de nuevo; primero en Bella Vista, ahora en La Reja, con este galpón de ocho metros por cinco, al que ya –el orgullo es indisimulable– le estamos agregando otro piso.

Cuando me vine hasta acá tuve conciencia de que dejaba atrás un mundo que no volvería. Esa "T" inmensa que formaba la calle Corrientes hasta el puerto, con los cafés del Bajo; esa "T" que explotaba en noche luminosa, en sonido de tango, en cordialidad de amigos, en sonrisas de mujeres hasta la madrugada. Mi vida era la más hermosa de las ruinas: a la tarde venía a buscarme Enrique Santos Discépolo al negocio; nos llegábamos a SADAIC donde nos quedábamos un par de horas tomando whisky en tazas de té. Después, la ronda por los estaños de la zona, hasta llegar a La Pulga, que quedaba en Tucumán, a la vuelta del Jockey Club. Allí comíamos con José María Contursi, Lito Bayardo, Homero Manzi (sus infaltables tallarines al gratén), Cátulo Castillo, García Giménez. Después, al Tibidabo, a escucharlo a "Pichuco" hasta las cuatro de la mañana. Después, a repartir a los amigos en automóvil. No me arrepiento de haber gastado mis horas ahí. Eso no fue un gasto sino una ganancia. Si hubiera que sintetizar esa época irrepetible con una palabra, ésta sería: amistad. Hoy todo ha cambiado, para tocar el fuelle, en la muchachada joven, hay, sí, muchos dedos, pero falta corazón y sin eso el tango, el bandoneón pierden su razón de ser. No mueren, pero no tienen raíz, esencia.

Ahora, a veces, cuando termina la labor del día cierro los ojos y pienso en tantas sombras queridas, en tantos amigos, en tantos hermanos, hombres generosos de la noche y de la vida; en los domingos de River con "Pichuco", en Pedro Maffia haciéndonos propaganda gratis tocando en Radio del Pueblo en la audición "Barrios Porteños", para que levantáramos el negocio. Pienso en Armando Pontier al que papá le fió el primer bandoneón y tanto insistió años después para que yo siguiera en esto; en los mejores fuelles que oí nunca, sin duda el primero Pedro Maffia, después Roberto Defilippo, Antonio Ríos, Julio Ahumada. Nombres que se hunden en el olvido, como esa noche maravillosa de los años cuarenta, ese ambiente irrepetible en el que Buenos Aires era una larga y cordial fiesta».

CATAMARCA:
la fortaleza en la falda.

Según el inca Garcilazo, "Cata" significa ladera o falda y "marca" quiere decir fortaleza. El relieve de Catamarca la divide en tres zonas bien definidas: la puna, las sierras pampeanas y los andes cuyanos.

Superficie total de la provincia: 99.813 kilómetros cuadrados.

Porcentaje en relación con el total continental del país: 3,61 por ciento.

Los ríos entre valles y montañas.

Ríos sin salida al mar: río de los Patos, que desagua en el salar de Hombre Muerto; río Antofalla, que forma el salar de Antofalla; ríos Marai y Punilla, que desaguan en la laguna de Antofagasta; ríos Colorado, del Cote y de la Pirica, que vuelcan sus aguas en las lagunas Piricas y laguna Caliente.

Cuenca del Abaucán: formada por los ríos Chaschuín o Guanchín y Fiambalá, La Troya, de la Costa o Colorado, de la Puerta, Quebrada Santa Cruz, Pituil, Tala, de los Sauces y de las Juntas por el margen derecho y por el río de Las Lajas por el margen izquierdo.

Cuenca del salar de Pipanaco: Formada por un centenar de ríos entre los que se destacan el Belén y el Quimivil. Además, ríos y arroyos que bajan de las sierras de Belén, Ovejería y El Atajo, ríos que bajan de la sierra Capillitas, río Andalgalá, ríos y arroyos de la vertiente occidental del Ambato.

Cuenca del río del Valle: quebrada del Infiernillo, río del Rodeo, ríos Tala y Ongolí, río Paclín por la margen izquierda.

Cuenca del Este: Albigasta, Icraño y Huacra o San Francisco.

Vientos, temperaturas y lluvias.

Puna: clima árido andino puneño. Como es característico de este clima las lluvias no superan los 300 milímetros anuales, durante el día se alcanzan los 30 °C y la mínima es de varios grados bajo cero.

Sierras pampeanas y andes cuyanos: clima árido de sierras. Invierno templado y verano caluroso y seco. Las lluvias estivales son de 340 milímetros anuales. En las planicies la temperatura máxima llega a los 40 °C y 14 °C la mínima en invierno.

Alturas medias sobre el nivel del mar.



Puna: 3.500 metros.
Sierras pampeanas: de 3.000 a 1.000 metros.
Andes cuyanos: de 3.000 a 5.000 metros de altura.
Mayor altura: Ojo del Salado, de 6.700 metros.

Algunas distancias
(terrestres, a través de caminos y rutas más accesibles).

Desde Catamarca	Kms.		Kms.
Andalgalá	240	Paraná	1.320
Antofagasta de la Sierra	720	Rosario	1.440
Belén	330	Salta	840
Córdoba	750	Santa Fe	1.200
Buenos Aires	2.000	San Juan	900
Chilecito	390	Santiago del Estero	360
Frías	150	Santa María	480
Jujuy	960	Saujil	180
La Rioja	300	Tinogasta	390
Mendoza	1.500	Tucumán	390

